

Juan Uribe-Echevarría

La preocupación americanista de Marcel Bataillon



El Congreso Latinoamericano de Universidades, de clausura reciente, ha tenido el poder de movilizar hacia nuestro país a una de las más altas figuras del humanismo europeo. Nos referimos a Marcel Bataillon que junto a su colega del Colegio de Francia, el célebre historiador Fernand Braudel, asumieran la representación del mundo universitario francés.

Marcel Bataillon, hijo del célebre biólogo Eugene Bataillon, nació en Dijón, en 1895.

En 1913 ingresó a la Escuela Normal Superior de París, en la Sección de Filosofía Clásica. Becado por la Escuela Francesa de Estudios Hispánicos de Madrid fué orientado por el notable hispanista Morel-Fatio hacia las investigaciones sobre el humanismo español.

Bataillon participó en la primera guerra mundial y obtuvo el grado de teniente de artillería.

En 1920 ganó el primer lugar en las oposiciones de la "agregación de español".

Entre los años 1920-22 lo tenemos de nuevo en España, preparando su tesis doctoral sobre helenismo español de tiempos de Car-

los V. Abandona este tema seducido por la investigación del erasmismo español que estudia durante quince años.

En los años de 1922-26 es profesor de la Universidad de Lisboa. Por entonces jubila en nuestra Universidad el Dr. Rodolfo Lenz y Bataillon está a punto de venirse a Chile como catedrático de Filosofía Románica. Sus investigaciones hispano-lusitanas lo retienen en Europa.

De 1929 a 1937 es profesor de la Universidad de Argel. En 1937 defiende su tesis doctoral *Erasme et l'Espagne* y se le destina a la Sorbona en reemplazo de su maestro E. Martinenche.

En 1945 lo eligen profesor del Colegio de Francia en la cátedra de Lenguas y Literaturas de la península Ibérica y América Latina.

Bataillon es director del *Bulletin Hispanique*, codirector de la *Revue de Littérature Comparée* y pertenece a los comités de redacción de la *Nueva Revista de Filosofía Hispánica*, de México, y de *Romance Philology*, de Berkeley (California).

El insigne hispanista fué nombrado, también, profesor honorario de la Universidad de San Marcos, de Lima, y correspondiente de la Academia Argentina de Letras (1948), de la Hispanic Society of America (1951), de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia Española (1952).

Entre sus obras más importantes debemos citar: *Erasmus en España* (París, 1937, México 1950).

Diálogo de Doctrina Cristiana (Alcalá, 1529, ejemplar único descubierto por Bataillon en Lisboa). *Le roman picaresque* (París, 1930). *Estudios sobre Portugal en tiempos del humanismo* (Coimbra, 1952). Traducciones al francés de *Los cinco ensayos en torno al casticismo*, de Miguel de Unamuno, y del *Facundo*, de D. F. Sarmiento.

Desde 1950 Marcel Bataillon ha dedicado sus célebres cursos del Colegio de Francia a tres temas americanos, muy relacionados entre sí: Humanismo de Las Casas, Descubrimiento espiritual del

Nuevo Mundo y Orígenes intelectuales y religiosos del sentimiento americano en América Latina (siglos XVI y XVII).

En el Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales, del Instituto Pedagógico, que dirige y coordina el historiador Mario Góngora, hemos tenido la suerte de asistir a una extraordinaria conferencia del profesor francés sobre el tercero de los temas arriba citados.

Es una verdadera lástima que el mundo intelectual santiaguino no haya podido, hasta el momento, tener más oportunidades de escuchar al ilustre visitante.

Bataillon, alto, delgado, de fina cabeza gris, es un expositor admirable que habla con leve unción evangélica, en un castellano que podríamos calificar de perfecto. El tema es manejado con la erudición disimulada y el tono risueño, evocador y comprensivo del humanista que hace historia.

Desde los comienzos del siglo XVI —comienza Bataillon— se va formando en el conquistador militar y en el misionero espitual de América, la conciencia de ser españoles-americanos, con destino y razón vital distintos de los españoles de la península.

Se trata de un fenómeno espiritual de índole claramente social y colectiva. Conciencia de formar una sociedad nueva, arraigada en una tierra nueva, ligada a los indígenas del nuevo continente por lazos no sólo económicos sino espirituales; concretamente religiosos.

El mundo hispanoamericano tiene raíz misional: hispanización y cristianización de los indios.

Es grave error pensar que este proceso de cristianización, como tarea de una sociedad colonial, comienza con el primer viaje de Colón o con las Bulas Alejandrinas, o siquiera con el testamento de Isabel la Católica.

Pensar que los españoles, tanto seculares como frailes, llegaron a evangelizar o siquiera a conquistar para la fe cristiana, desde un principio, sería un error hondo. Se trata de una realidad mu-

cho más compleja. Valdría más decir que el punto de partida fué una situación de pugna violenta entre los que de veras iban a evangelizar y los que iban nada más que a enriquecerse. El viento de la codicia hinchaba las velas de los navíos que llevaban a los conquistadores. Tras ellos partieron otras embarcaciones, con hombres evangélicos, para adentrarse por los senderos que habían hollado, entre sangre y fuego, los codiciosos. Enfoque de la doble conquista, material y espiritual, por muchos hombres de temple apostólico, desde Juan de Avila hasta Acosta.

Pero no debemos perder de vista dos hechos básicos:

1) La conciencia criolla del problema de la evangelización arranca de la institución de la encomienda, hacia 1506, por el gobernador don Nicolás de Ovando. La encomienda de indios lleva, aneja al derecho de usar de su trabajo, la obligación de evangelizarlos.

2) Los misioneros empiezan a protestar por la falta de respeto de los conquistadores con respecto a la vida de los indios. Al principio no cabe hablar de conciencia criolla, porque no hay sociedad criolla con mujeres españolas e hijos legítimos. No hay familias criollas, ni siquiera deseos de afincarse en el país. "Cuando se me acaben los indios volveré a España". Poco les importaba conquistar almas de indios para el cielo.

A esta conducta inconsciente de los encomenderos se opuso una conducta misional dominada por la consideración exclusiva de los designios de la Providencia.

Los convertidores apocalípticos tampoco pensaban en fundar comunidades cristianas de tipo europeo, destinadas a durar siglos. Existía la obsesión de un inminente fin del mundo.

Esta gran conversión de infieles, en la Edad Final del Mundo, fué obra de los frailes mendicantes y, en especial, de los hijos de San Francisco.

Franciscanos extremistas, iluminados y casi alucinados, como fray Martín de Valencia... Muchedumbre de conversos en el

atardecer del mundo. Todo esto era poco propicio a la creación de sociedad criolla con sentido misional. Los convertidores apocalípticos, persuadidos de ser los instrumentos de un gran milagro previsto por Dios para la última etapa de la historia terrenal, creaban comunidades misionales, puramente indígenas, a distancia de la presencia destructora y de los malos ejemplos de los conquistadores españoles codiciosos y crueles. Puro misionalismo a lo divino en oposición al puro colonialismo demasiado humano. Es un aspecto importantísimo de la evangelización en pugna con la sociedad criolla que comenzaba a formarse. Propósito manifiesto de sustraer a los indios de la tiranía colonial para someterlos a la disciplina de las doctrinas.

Se produce una serie imponente de manifestaciones de esta tendencia misional indigenista desde los franciscanos dominicos de la Costa de Paria (Venezuela), hasta los jesuitas del Paraguay, pasando por los proyectos utopistas de don Vasco de Quiroga y la conquista evangélica de la *Vera Paz*, por los dominicos amigos y discípulos de Las Casas.

Son ejemplos de estas comunidades fundamentalmente religiosas los pueblos, hospitales de Santa Fe de México, y de Michoacán. Todo triunfo del misionalismo puro significaba sustraer a los indios de la autoridad de los colonizadores, y supeditarlos no al poder de los encomenderos, sino directamente del rey.

El estado de tensión resultante del divorcio entre colonizadores y evangelizadores es sumamente revelador y nos explica el hecho básico de la formación de la conciencia criolla a partir de la gran crisis de 1544, provocada por la promulgación de las leyes nuevas que iban a la extinción de la encomienda.

Ahora es cuando la sociedad naciente de los españoles-americanos acepta y reivindica el honor de cristianizar a los indios conquistados por los primeros soldados, como la suprema justificación de la conquista. La conquista militar, bajo la influencia de los gobernantes espirituales y temporales de las Indias —no sólo de Las

Casas, sino del obispo Zumárraga y del propio virrey Mendoza—, había sido condenada por Carlos V y su Consejo de Indias y sustituida, oficialmente, por el sistema del descubrimiento pacífico capitaneado por religiosos. Se produce la total reconciliación de los evangelistas y los conquistadores. Es el triunfo del criollismo en los claustros y en los salones de América.

La criollización de los frailes a los pocos años de llegar a América explica el caso pasmoso del español fray *Francisco de la Cruz*, dominico heresiarca, quemado en 1578. Era discípulo de Carranza, Meneses y Las Casas. Pronto se dejó ganar por la libertad de costumbres y las nuevas perspectivas sociales del ambiente y al mismo tiempo cultivó un curioso *milenario* americano. Cree que la iglesia del Viejo Mundo va a acabar, y que la iglesia del Nuevo Mundo va a gozar de un milenio feliz, después de una crisis dramática. Cree que los indios son el nuevo pueblo elegido, los descendientes de las tribus perdidas de Israel, creencia que gozó de gran crédito hasta mediados del siglo XIX. Desarrolló una pasmosa utopía criolla expresada en lenguaje bíblico, con un sistema de profecías y de interpretación americana del Antiguo Testamento y del Apocalipsis.

Todo comenzó con las revelaciones de un ángel que habla por la boca de una mujer, poco antes posesa, la criollita viciosa: doña María Pizarro. Un grupo de frailes —*los angelistas*— creen en esas revelaciones. Dios quiera remediar al Perú. Fray Francisco desarrolla su sistema mediante revelaciones que Dios le hace a él personalmente. Se cree predestinado a ser Papa y rey de la nueva cristiandad. Entonces hará público su matrimonio con doña Leonor de Valenzuela, una dama limeña, hija suya de confesión, y en la cual ha procreado un hijo. Este, Gabrielico, ha ser otro profeta-rey del Perú.

Fray Francisco concede el matrimonio a los clérigos y la poligamia a los seglares. Herejía novomundista que tiene extrañas coincidencias con la de los mormones, dos siglos y medio más tarde.

El profeta se considera vínculo entre las dos repúblicas: la de los españoles y la de los indios. Se producirá un abrazo simbólico,

el día de San Marcelo mártir, entre doña Leonor, que representa a la República de los criollos, y doña María Pizarro, que representa al Perú indio, libertado del poder del demonio.

Por revelación del ángel se sabe que son lícitas las conquistas, único medio de traer a los indios al gremio de la cristiandad. Dios revela a fray Francisco que es errónea la condenación de las conquistas y de los conquistadores. "La doctrina de Las Casas, si se examina sin pasión, se ve que lleva pasión". El ex lascasista se ha convertido al pensamiento criollo. Considera que hay justicia en aprovecharse del trabajo de los indios, siempre que sea en unas modestas chacras. Es una utopía, casi pastoril, de la fusión de las dos repúblicas en una economía rural. Fray Francisco se muestra enemigo del trabajo de los indios en las minas.

Lo aberrante en este proceso de la Inquisición de Lima es la megalomanía del protagonista. Pero es indudable que en este fraile español criollizado, como en el *ángel* de María Pizarro, la criollita histórica, se expresaban profundas aspiraciones del mundo criollo.

Baitallon terminó su conferencia comentando la obra de un fraile criollo, el padre Calancha, típico exponente de la ideología criolla que se elabora y se fija en los claroscuros y en las salas de los palacios. Este fraile peruano no vacila un instante en justificar a los conquistadores antepasados suyos. Tampoco vacila en admitir la jerarquía según la cual ellos, descendientes de los conquistadores, deben ocupar el lugar privilegiado. El español es el señor. El indio, sólo el vasallo protegido por las leyes e integrado en una sociedad cristiana.

Los españoles —según Calancha— en cuanto pusieron el pie en las Indias se convirtieron en señores. Su ánimo señorial los hizo aptos para el mando, para las carreras liberales. Se dedicaron al estudio. Pudieron haber llenado el mundo de doctores y licenciados. Estos españoles-americanos veían con amargura como los españoles advenedizos (gachupines), recién llegados de España, se mostraban como herederos auténticos de sus glorias americanas, mientras ellos eran tratados como peregrinos en su patria.

Esta protesta de los frailes y clérigos, nacidos en las Indias, ha sido un componente fundamental de la formación de la mentalidad criolla.

Si quisiéramos seguir la evolución de la conciencia criolla de los frailes hasta los tiempos de la independencia, sería muy ilustrativo estudiar el pensamiento de fray Servando Teresa de Mier, el dominico mexicano que fué uno de los padres de México independiente. Mier consideraba como pretensión abusiva de los españoles el que se considerasen únicos cristianizadores. América es cristiana porque Dios lo decidió así. Sus orígenes son apostólicos como los de España que se pretende evangelizada por Santiago. ¿Cómo era posible que Dios no hubiera puesto los ojos en América al mismo tiempo que en el resto del mundo? Cobró nuevo sentido antiespañol en Mier la leyenda, elaborada por Gregorio García, Calancha y otros, de la primitiva evangelización de América por el apóstol Santo Tomás.